

El alma de una quena

Los años de la escuela secundaria y preparatoria los pasé como muchos de mi generación, escuchando los grandes problemas y avances de nuestro país, pensando en mi futuro y disfrutando el presente con los entrañables amigos.

El descubrimiento de “Latinoamérica profunda” fue en el Colegio de Ciencias y Humanidades, fue ahí que se abrió ante mi un mundo de riquezas culturales e ideológicas que cambiaría mi vida para siempre pues en medio de este laberinto de pobrezas materiales que nos distinguían a la mayoría de los jóvenes y la falta de una orientación adecuada, intentábamos “perder nuestro tiempo” en el campismo, el deporte, la lectura, y por supuesto la música.

La música fue una actividad que llegó a nuestras vidas de manera casi accidental, resultado de un taller comunitario en donde se impartían diversas clases entre ellas la de música latinoamericana, que en esos años (principios de los setenta) representaba una bandera de identidad entre muchos jóvenes.

En la primer sesión con mis amigos uno de los cuales comenzó a tocar la guitarra y el otro la quena y fue en ese momento como quedé cautivado por el sonido de este maravilloso instrumento, tanto así que en el primer momento que intenté, salió el sonido que me envolvió y jamás me dejaría.

Cuando habíamos decidido formar un pequeño grupo con una guitarra, dos quenás y un bote grande de cartón a manera de bombo, llegan a nuestras manos los primeros discos de los Calchakis con un gran quenista cuyo estilo comenzó a ser una gran fuente de inspiración llegándose el momento en que queríamos y soñábamos ser como el gran Rodolfo Dalera, cuyo nombre comenzó a ser popular entre los grupos que mas tarde serían numerosos.

La quena comenzó a ser mi compañera y Dalera mi ídolo pasando los meses y cada vez más a reconocérseme como un buen ejecutante de quena y zampoñas entre la población del centro comunitario donde practicábamos

conformándose así un grupo representativo.

Aunque mis planes académicos giraban en torno a la aviación, la arqueología y la veterinaria, la quena me había señalado de tal manera que cuando el taller comunitario cerró continuábamos con nuestras actividades entre las cuales estaba el volley ball deporte que siempre me apasionó. Y fue en esos momentos de partidos y torneos que comenzaron a seguirme una runfla de chiquillos de entre 8 y 12 años que me insistían al lado de la cancha que les diera “clases de música” de las cuales por su puesto que no sabía absolutamente nada mas que lo aprendido en el grupo con mi desafinado instrumento y un poco de bombo.

La insistencia de estos chiquillos me ponía de mal humor ya que había quienes tocaban guitarra, charango, cuatro y me seguían a mi que no tocaba gran cosa mas que ese trozo de bambú con agujeros y las cañas amarradas.

Desde luego al llegar a casa siempre me deleitaba al escuchar a mi quenista favorito el gran “fito”, y me soñaba en ser como él, aunque realmente sabía que era solo eso, sueños despierto. Cuando caí finalmente en manos de estos endiablados “escuincles” yo no sé como demonios me puse a enseñarles mi “sabiduría musical” orillandome con sus peticiones incluso a aprender guitarra, charango, bombo en las escaleras del patio del centro comunitario de bajo del Sol y a la intemperie hostil.

Cita que daba y cita a la que acudían aquellos cinco chamacos sin importar las condiciones del clima hasta que por diversos asares del destino nos me vi enseñando en el salón de música sin saber siquiera lo que estaba haciendo pues a los cinco o seis meses me solicitaron para que mis pupilos tocaran en el festival del Día de las Madres y sin más dije que sí sin imaginarme siquiera lo que me esperaba.

Cuando por fin subieron al foro esos cinco chiquillos con bombo, charango, quena y guitarras y comenzaron a tocar, la sensación que tuve fue como un gran luz que me invadió al escucharlos y tratar de entender que había hecho en tan poco tiempo. Al finalizar el festival me mandó llamar la directora del centro y me dijo que si quería trabajar ahí y yo pensé ¿pero de que?, ¡si! ¡¡de maestro de música!! ¿¿queeee??, sin más al mes yo tenía un trabajo de base con todas las prestaciones legales y a mis 19 años si es lo que iba hacer en adelante necesitaba estudiar verdaderamente e hice mi examen para la Escuela Nacional de Música en la Universidad Nacional para la carrera de Etnomusicología a la cual fui aceptado para después ser becado en la fundación de una escuela de iniciación musical en la especialidad de Música Tradicional Mexicana y sin más quedé atrapado en esta maravillosa actividad gracias a dos almas, la de una quena y por supuesto a la del gran Rodolfo Dalera a quien agradezco haberlo conocido y poder estrechar su mano, cosa que si hubiera dicho alguna vez a mis amigos en aquellos años, me hubieran tirado de loco por que ni yo mismo lo hubiera creído.

Por todo: gracias Maestro Dalera.

Prof. Julio A. Herrera López

Docente de la especialidad de Instrumentos Tradicionales Mexicanos en la
Escuela de Iniciación a la Música y a la Danza del Centro Cultural Ollín
Yoliztli, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal.